

Dorotea de los Álamos

Silvia Molina

Para Sara Poot Herrera

El padre de Dorotea era un campesino mediero que sembraba jitomate. Un hombre avisado, que siempre andaba viendo en qué podía ser útil. Nunca regresaba a su casa con las manos vacías: en el camino compraba fruta, o pasaba por la tienda y llevaba algo para la alacena. Tenía otros dos hijos y cuidaba a Dorotea más que a sus sembradíos. Sus muchachos trabajaban de peones en la Hacienda las Delicias.

La madre de Dorotea era costurera. Hacían trabajos de corte y confección para la clase acomodada de Álamos y obligaba a su hija desde niña a ayudarle. Con el tiempo había aprendido a cortar; y nada más alcanzó el pedal de la Singer, su madre compró otra en abonos.

—Tienes un oficio a los dieciséis años, hija —dijo, orgullosa, cuando llegó la máquina—. Yo aprendí mayor.

Dorotea era productiva como su padre y dedicada como su madre. Se había enamorado de un joven que no era de Álamos. Seguramente había llegado atraído por las minas de plata. Ambos se habían conocido un domingo de mercado, en la plaza principal. Se vieron a los ojos un instante y caminaron juntos unos segundos. A Dorotea le gustaron los bigotes negros y la altura de aquel joven que apenas le sonrió. Creyó verle los ojos negros. Eran oscuros, sí, vivos e inteligentes. A él le habían atraído la tez blanca y la trenza gruesa de Dorotea. Y sus ojos verdes, transparentes. Ella apuró el paso y se perdió entre los puestos.

La semana siguiente él estaba esperándola en los arcos. Caminaba de un lado a otro para no perderla. Llevaba, audaz, una carta para ella, pero llegó acompañada de su mamá. Cruzaron otra mirada fugaz y él se perdió entre la gente para no causarle ningún problema.

Por un tiempo él no volvió a ver a Dorotea hasta que llegó el circo a Sonora y fue a dar a Álamos. Casi la olvida, cansado de buscarla. Era un circo pequeño, instalado en las afueras de la ciudad. Habían asistido a la primera función los mineros y los campesinos. Él la descubrió sentada en una fila con sus padres y sus dos hermanos. Se sentó cerca de Dorotea y la miraba con discreción de vez en cuando. Ella lo vio y se puso nerviosa. A la salida, él hizo lo posible por cruzarse con ellos. Quitándose el sombrero, pronunció un buenas tardes apurado y en voz bajita y cortés. No fue sino hasta otro domingo cuando volvieron a encontrarse

en el mercado. Él deslizó un sobre en la canasta, y dijo: «Sé que te llamas Dorotea». A ella se le aceleró el pulso y, asustada todavía, guardó el sobre en la bolsa de su delantal y siguió su camino.

Desde niña, Dorotea se tejía las trenzas que le llegaban a la cintura. Siempre le gustó llevar el pelo largo. Tenía los ojos jalados y la boca pequeña; por eso, le decían «Chinita». Apenas se enamoró, se soltó el cabello. Lo dejaba caer sobre la espalda recién lavado y oloroso a jabón, cuando iba al mercado donde seguía viendo a aquel muchacho, aunque no cruzaran palabra. Su papá se habría puesto furioso de que hablara con un desconocido y le habría prohibido salir sola. Él se las ingenió para ir dándole sus cartas.

Dorotea llegó a juntar, sin decir palabra y discretamente, ocho; y solo una vez se atrevió a pronunciar un buenos días rápido y nervioso, hasta que de pronto estalló la Revolución que se llevó a todos los jóvenes de Álamos. Él no tuvo tiempo de despedirse: ir a ver era imposible. Merodeó por la casa de la familia de Dorotea para entregarle otra carta, pero no se atrevió a acercarse.

Álamos se quedó triste, sin sus hombres.

Dorotea ató las cartas con una tira de tela que había recogido del suelo, junto a la máquina de coser, y las escondió bajo el colchón de su cama.

Pasó el tiempo y Álamos no sabía nada de sus hombres ni de las batallas que daban ni del peregrinaje que hacían de poblado en poblado bajo las órdenes de Álvaro Obregón. Los padres de Dorotea no tenían noticias de sus muchachos ni ella del suyo.

Una tarde, llegó a la prueba de un vestido la señorita Ortiz. La señora Campos había salido a hacer una diligencia y Dorotea se ofreció a probarse. Cuando la señorita Ortiz salió del improvisado vestidor, detrás de un biombo, se apresuró a preguntarle:

—¿Usted sabe leer y escribir?

Asintió acercándose. Dorotea sacó fuerzas:

—¿Podría enseñarme?

La señorita Ortiz se veía la espalda en el espejo. De pronto, como si recordara la pregunta, respondió:

—¿Para qué quieres aprender, Chinita?

Dorotea guardó silencio mientras marcaba con alfileres el dobladillo.

Terminada la prueba, la señorita Ortiz se quitó el vestido, tomó su bolsa y dijo: «Regreso el lunes».

Dorotea que no tuvo ánimos para insistir, puso llave a la puerta y caminó a su cuarto. Sacó de debajo del colchón el atadito de cartas aún sin abrir y acercándolo a su corazón deseó al menos conocer el nombre de aquel muchacho.